

**Marco Grispigni. *El poder está en la calle. Violencia y movimientos sociopolíticos en el largo 68 italiano (Quella sera a Milano era caldo: la stagione dei movimenti e la violenza política)*. Madrid, La Oveja Roja. 2018. 187 páginas.**

Por Jorge Lofredo\*

Recibido: 28/5/2019 - Aprobado: 6/6/2019

Italia de los sesenta y setenta es una historia rica en ideas y experiencias, de carácter festivo y costados trágicos: dinámica de acción-reacción; subversión y represión. Con estas premisas Marco Grispigni construye *El poder está en la calle*: un relato estructurado bajo un obsesivo ordenamiento cronológico y diseño en forma de espiral, con el atentado en Piazza Fontana como epicentro y a la vez clivaje explicativo de aquella realidad.<sup>1</sup> Los “años de plomo” –violencias de distinto tipo y signo entrecruzadas en un mismo momento– y la “estrategia de la tensión” –distintos medios, también ilegales, a los que el Estado apeló para polarizar y desarticular la protesta política y social– constituyen la verdadera excepcionalidad del caso italiano.

En abierta contraposición con otros historiadores, aunque concede la posibilidad de “entender el caldo de cultivo de una cultura política muy generalizada” y acepta que involucraron valoraciones para la acción políti-

\* Lic. en Ciencia Política. UBA.

<sup>1</sup> El atentado en la Piazza Fontana de Milán refiere a la bomba colocada en la sede de la Banca Nazionale dell'Agricoltura el 12 de diciembre de 1969, como respuesta a las duras luchas obreras del “otoño caliente” de ese mismo año. Ese atentado “anónimo” provocó 17 muertos y 105 heridos. De inmediato se incriminó judicialmente a anarquistas y a extremistas de izquierda, pero tiempo después el secreto a voces se volvió realidad y confirmó la responsabilidad de grupos neofascistas íntimamente vinculados a los servicios secretos del Estado.



ca según las condiciones y situaciones concretas y nunca una “implicación de orden ético”,<sup>2</sup> rechaza el “uso ‘culpable’ del lenguaje bélico” (p. 22): tomar literalmente los llamados a la violencia, revolución, guerra civil, lucha armada, etcétera, deposita sobre los movimientos sociales y la izquierda radical la responsabilidad directa y exclusiva de la violencia política y el terrorismo. El único indicador válido para las investigaciones contemporáneas, afirma el autor, obliga a confirmar el paso de la “teoría a la acción” (pp. 169-170). Por estas razones, delimita el alcance del término “clima de época”, lugar común donde cada argumento busca tamizar su interpretación, otorgándole un marco histórico a los escritos de las organizaciones y movimientos antagonistas que durante aquellos años se extendieron hacia distintos espacios, no sólo políticos ni exclusivamente italianos.

Más adelante desarrolla el proceso donde se conjugan las distintas formas de violencia presentes en esos tiempos: una práctica cotidiana de acciones ilegales menores como forma de *violencia difusa*; explosiones de *violencia social*, producidas por sectores juveniles llegados desde las periferias o ligados a ámbitos de ilegalidad no-política; y las prácticas realizadas por grupos o sectores políticos con una declarada estrategia de *violencia política*. En este sentido, se detiene en señalar que la acción violenta “no es más que el corolario de un sentimiento de alteridad radical” (p. 79) pero también que todas ellas confluirán ante el endurecimiento de la represión y el despliegue de los grupos neofascistas. La importancia de los “caballeros negros” (pp. 135-147) queda acotada respecto a su enfrentamiento con sectores revolucionarios pero no por su propia dinámica. Descartado entonces el clima de época como argumento exclusivo de la agitación política y social, la influencia del 68 (“una etiqueta más política

<sup>2</sup> I. Sommier aborda la misma cuestión y llega a conclusiones semejantes en su estudio comparativo entre Italia y Francia. Véase: Sommier, I. (2013). “La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria”. *Ayer* nº 92 (pp. 147-169). Madrid. Disponible en: <http://cort.as/-GoOw>



que cronológica”) tampoco convirtió a Italia en un ejemplo destacado del resto de los países de Europa Occidental<sup>3</sup>, y menos aún que una “hegemónica cultura marxista revolucionaria” sirviese como sustento del lenguaje militarizado que habilitara las distintas violencias político-sociales. Será Piazza Fontana la verdadera “anomalía” italiana, momento también que en el seno de la izquierda radical “se abrirá paso [...] la lógica bélica y criminal de la respuesta militar (y pronto también armada) contra los fascistas” (p. 30). Para la realidad italiana de entonces no hay equiparación posible entre violencia política y terrorismo: a contramano de las hipótesis que delinean un trazo directo entre los acontecimientos político-sociales y el terrorismo de izquierda de los años siguientes, sostiene que la lucha política y el conflicto social se desarrolló en las calles, en cambio el terrorismo representó la ruptura de esa dinámica.

Grispigni se detiene en una cuestión generalmente ausente o con mínimo espacio en otros estudios semejantes cuando abre sus páginas a las *motivaciones individuales* de los antagonistas y el análisis a *nivel micro* de la militancia en organizaciones radicales y clandestinas.<sup>4</sup> Con estas herramientas supera la construcción biográfica (y las distorsiones que a menudo este género presenta) y se adentra en la razón profunda del militante.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Aunque el 68 fue el momento de la “toma de la palabra” su aporte no resultó crucial para Italia, sino la suma del sector estudiantil al movimiento político, encauzado desde mucho tiempo atrás.

<sup>4</sup> Con excepción del marco teórico desarrollado en della Porta, D. (1998). “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas” (pp. 219–242) en Ibarra, P. y B. Tejerina (Comps.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Valladolid: Trotta, sólo es posible mencionar los ensayos histórico-políticos de Giachetti, D. (2006). *Italia. Más allá del 68. Antes, durante y después del movimiento*. Barcelona: Virus. [Disponible en: <http://cort.as/-GoOh>] y Balestrini, N. y Moroni, P. (2006). *La horda de oro. La gran ola revolucionaria y creativa, política y existencial*. Madrid: Traficantes de Sueños. [Disponible en: <http://cort.as/-GoOS>]

<sup>5</sup> A menudo el militante ha sido caracterizado como un “alienado, expropiado de su propia subjetividad” (Bologna, S. (1978). “La tribu de los topos”. *Revista Mensual/Monthly Review* (2) 4 (pp. 1-38). Barcelona, p. 19). Sin embargo, aquella época adquirió los contornos que construyó con su compromiso absoluto y total, por su búsqueda constante y con el “deseo de reapropiarse de la subjetividad y de un ‘yo’ enajenado” (Cossalter, F. y M. Minicuci. (2009). “Espacios políticos y brechas culturales en el largo 68 italiano”.



Como expresión vital de aquellas décadas surge por una *necesidad existencial* y que, mediante el compromiso político, acabará transformándose en una *experiencia vivencial*: para quienes hasta entonces no se habían involucrado políticamente, la dinámica violencia callejera-represión operará como ritual de iniciación y toma de conciencia (pp. 97-98), el “traspaso del umbral” hacia un protagonismo donde “la práctica de una violencia existencial y expresiva coexiste sin dificultad con un resurgimiento de la violencia más directamente política, vinculada a una estrategia revolucionaria” (p. 83). Y retorna al inicio: ante la espiral ascendente del conflicto, el 12 de diciembre de 1969 significó la “subsunción del conflicto político en el militar” (p. 108) y la “revelación de que los poderes establecidos, que ya se habían materializado en las porras de la policía y las sentencias de los jueces, podían ir más allá, hasta llegar a la masacre indiscriminada” (p. 111).

Traducido a la lógica política italiana, la metáfora “fin de la inocencia” –nueva amalgama donde se habilitan variadas interpretaciones, incluso disímiles– supone un “estado de gracia” previo a diciembre del 69 que invisibiliza la violencia tanto del Estado como la de los espacios antagónicos. En este sentido, Piazza Fontana constituye un punto de quiebre, por lo que “el ‘fin de la inocencia’ debe entenderse únicamente en el sentido de un cambio radical en la percepción de la lucha política” (p. 119). Pero si la violencia no comenzó en el 69 tampoco “nada será como antes” (p. 158). El clima lúdico y festivo de las manifestaciones (la “toma de la palabra”) y la teatralidad represiva de las fuerzas del orden (la “gestión de la calle”) será clima de otras épocas. En la segunda mitad de la década de los setenta se impondrán otras lecturas que se sustentaron en “el importante consenso (...) que encuentra la lucha armada en varios sectores de los movimientos”. Siguiendo con los argumentos de nuestro autor, es posible destacar,

*Cuadernos de Historia moderna y contemporánea* 31 (pp. 107–132). Madrid, p.112 [Disponible en: <http://cort.as/-GoRG>]



por un lado, que se impone la idea “sin un partido no se hace la revolución” como saldo de la experiencia del movimiento estudiantil; por otro, las expectativas depositadas por sectores cada vez más militarizados en la recreación de un evento semejante al 68 pero ahora incorporando la respuesta armada; y, conjuntamente, la pérdida de la íntima convicción en una revolución inminente pero ahora con la urgencia de dar respuestas ante las amenazas de un posible golpe de estado (pp. 170-173).

En este contexto se consolida el desarrollo de Brigadas Rojas, que se proclamó vanguardia a través del “ataque al corazón del Estado” como posición militar. Su actuación acotará las otras formas de violencia de izquierda hasta un espacio donde su continuidad ahora se ha vuelto imposible. De aquí se desprende que su aspiración a constituirse en síntesis del enfrentamiento con el Estado, como expresión acentuada y definitiva del antagonismo, lo asume desde un vanguardismo e iluminismo que desprecia cualquiera de las otras formas de violencia antagónica, que considera etapas superadas. Pero si el “salto ético y político” hacia la lucha armada de los militantes de la izquierda radical resultó arduo y duro —“tanto desde el punto de vista teórico como práctico” (p. 175)—, la decisión por la clandestinidad<sup>6</sup> de Brigadas Rojas obligará a reconsiderar no sólo las prácticas de violencia antagónica sino también a la propia militancia en organizaciones radicales, obligadas tanto a un deslinde de su participación en el grupo clandestino como a una redefinición de su actuación respecto al terrorismo. Es por todo ello que, junto al repliegue político y la irrupción generalizada

<sup>6</sup> Si la decisión por la militancia en una organización terrorista supone un “salto político-existencial” (Véase Maffi, M. (1975). *La cultura underground*. Barcelona: Anagrama, p.98), se puede rastrear hasta encontrar la *motivación individual* que la indujo. Lejos de considerar alguna forma de disfunción cognitiva (della Porta, op. cit., pp. 219-220) se trata, en definitiva, de una decisión como cualquier otra, en este caso una *opción personal* siempre enmarcada en el contexto que se asume (al respecto, véase Re, M. (2018). “El proceso de radicalización violenta hacia la lucha armada en Italia. De la extrema izquierda a la militancia terrorista”. *SCIO. Revista de Filosofía* 14 (pp. 195–221). Madrid, p.216. Disponible en: <http://cort.as/-GoPP>).



de la heroína como “vías de escape” del compromiso militante, el terrorismo resulta una ruptura en el desarrollo conflicto social. Confrontación o desencanto, he ahí la lógica del momento.

Nacida de las entrañas de los grupos de izquierda más activos, Brigadas Rojas no fue la única organización que optó por la lucha armada, aunque si fue la que decantó hacia el terrorismo. Y si bien no debe ser considerada propiamente como una organización “hija del 68” procede del espacio de la izquierda radical, tal como afirmó Rossana Rossanda.<sup>7</sup> Grispigni, sin embargo, deja este escenario a oscuras por la falta de un mayor desarrollo de las organizaciones radicales, extraparlamentarias, grupúsculos, espacios alternativos y underground, que quedaron fuera de análisis y le quitó estructura a su relato. En los años 76-77 y dentro de “un clima generalizado de conflicto” existe “una especie de familiaridad con el ejercicio de la violencia, hasta en su forma más extrema, el asesinato” (p. 183), y de aquí que, con la explosión del movimiento del 77 y la ruptura definitiva con el Partido Comunista, surge una “segunda generación” de militantes pero ahora dentro de “un ambiente en el que se percibe una sensación de derrota y fin de un ciclo histórico” (p. 185). Para los militantes, la decisión final estaba próxima: el repliegue sobre si mismos, la búsqueda de “paraísos artificiales” o la experiencia de la clandestinidad.

El esfuerzo de Grispigni, finalmente, logra un esmerado ejercicio de la memoria social, empecinada y recurrente, contra el olvido selectivo, conveniente o distorsionado. Página tras página libra un necesario ajuste de cuentas que obliga discutir con otras hipótesis, a pesar de la escasa –y en ocasiones inhallable– producción disponible en español sobre la materia; y aunque su pelea es fundamentalmente con otros autores italianos, esta edición ha sido, sin duda, un acierto.

<sup>7</sup> “Cualquiera que haya sido comunista en los años cincuenta se reconoce inmediatamente en el lenguaje de las Brigadas Rojas. Parece estar hojeando un álbum de familia.” La cita corresponde al artículo de Rossanda escrito en 1978. (p. 181).

